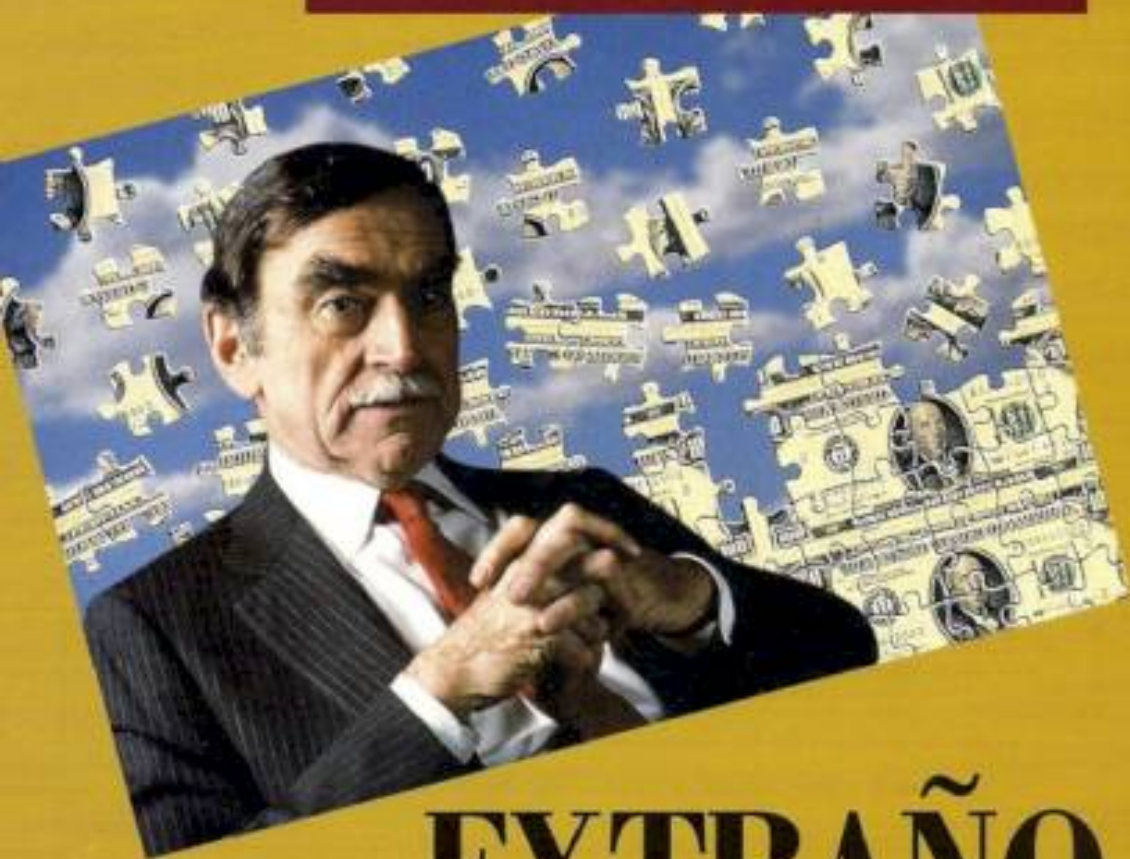


**SIDNEY
SHELDON**



**EXTRAÑO
TESTAMENTO**

Samuel Stone tenía dos pasiones excluyentes: hacer dinero y resolver acertijos. Ahora él está muerto y sus herederos esperan ansiosos el momento de saber cómo se repartirá su inmensa fortuna. Pero antes de morir, el excéntrico millonario decidió jugarles una broma final. En lugar del tradicional testamento, les ha dejado una serie de videos que lo tienen a él mismo por protagonista. Cada uno de ellos contiene una pista que deberán seguir a fin de apoderarse del dinero. Anonadados, los codiciosos deudos se devanan los sesos y se lanzan, una y otra vez, en busca del tesoro. Desde la pantalla del televisor, el viejo Sam se regodea a costa de ellos...

Capítulo 1

Ésta es la historia de un hombre llamado Samuel Stone, un hombre tan rico y poderoso que decidió darse el lujo de no morir. Bueno, para ser estrictamente sinceros, la verdad es que su cuerpo está muerto y sepultado, pero su espíritu sigue vivo. O mejor dicho, *en vivo*, es decir, en la televisión.

Nuestra historia se inicia con la imagen de la codiciosa familia de Samuel Stone el día de la lectura del testamento. Naturalmente, están todos muy excitados porque Samuel Stone ha dejado una fortuna de cien millones de dólares, y apenas pueden esperar para echar mano de ella.

En el living de la mansión Stone se han dado cita la viuda, el sobrino, el abogado, el mayordomo, la mucama, y un primo lejano de Samuel Stone llamado David.

David es un joven honrado, que dirige una institución de caridad y espera ser finalmente beneficiado con una parte del dinero de Stone para poder entregarlo a los pobres. Samuel Stone no creía en la caridad, y durante toda su vida sólo había entregado a la fundación de David mil dólares. Podría decirse que era ése el único aspecto en el que coincidía con su esposa.

—No pienso dar ni un centavo a los pobres —afirmaba la viuda de Stone—. Voy a comprarme las joyas más caras del mundo, un yate, un castillo en Francia... y esto es sólo el comienzo.

—Sam me prometió una buena parte de sus bienes. Al fin y al cabo, he sido su abogado durante años —se entusiasmaba el abogado.

—¡Un momento! —lo interrumpía el sobrino—. ¡Usted ni siquiera pertenece a la familia! Yo tengo derecho a quedarme con la mayor parte de ese dinero.

David era el único que permanecía callado.

—¿Cuánto más tendremos que esperar para la lectura del testamento? —preguntaba impaciente la viuda—. Tengo una cita con el joyero.

—A decir verdad, no se tratará exactamente de una lectura —anticipó el abogado—. Su difunto esposo ha *filmado* su testamento para que lo veamos por televisión.

—¿Cómo dice? Nunca he oído semejante cosa.

—Sin embargo le aseguro que es perfectamente legal. Ahora, si gustan tomar asiento...

El abogado les indicó sus respectivos lugares, y una vez que todos estuvieron instalados hizo una leve seña al mayordomo para que encendiera el televisor.

La cara de Samuel Stone apareció de pronto en la pantalla. Era una cara mezquina, lo que resultaba muy apropiado, puesto que Samuel Stone había sido toda su vida un hombre mezquino. Y, como ya veremos, no había mejorado mucho después de muerto.

—Así es la vida, mi querida familia; o mejor dicho, así es la muerte. Me guste o no, me veo obligado a despojarme de cien millones de dólares ahorrados con el mayor esfuerzo. Podría haberlos donado para obras de caridad, pero como ustedes bien saben, la caridad me parece una estupidez —fueron las primeras palabras del señor Stone.

—¡Esto significa que nos lo ha dejado todo a nosotros! ¡Somos ricos! —se adelantó el sobrino con una irreprimible sonrisa.

—Soy rica— corrigió la viuda.

—Un momento —dijo el abogado—, Sam me prometió...

Pero la figura de la pantalla les impidió continuar:

—¡Cállense todos de una buena vez! No vuelvan a reñir hasta que haya terminado. —Hizo una enigmática pausa y

prosiguió—. Bien. Comencemos por los sirvientes.

Sus ojos se dirigieron hacia el mayordomo.

—Usted me ha acompañado durante veinticinco años —dijo Samuel Stone.

—Así es, señor.

—No creo que exista un mayordomo mejor que usted.

—Muy amable de su parte, señor. Sólo he cumplido con mi deber.

La mirada de Samuel Stone había adquirido un brillo malicioso.

—En estos veinticinco años estimo que ha bebido mil botellas de mi mejor whisky, fumado mil quinientos de mis mejores cigarros, y me ha robado diez mil dólares en monedas y billetes de un dólar al quedarse con los vueltos del almacén.

—No... señor... yo... —tartamudeó el mayordomo atónito, sin apartar los ojos de la pantalla.

—¿Tiene usted el descaro de discutir con un muerto? —preguntó Samuel Stone amenazante.

—No, señor.

—Muy bien. Le daré diez mil dólares en efectivo, con la condición de que permanezca sirviendo en la casa.

—Muchas gracias, señor —asintió el mayordomo, y bajó la mirada.

Samuel Stone se dirigió luego a la bella mucama.

—Hola, María.

—Hola, señor Stone —se sonrojó la joven.

Samuel Stone le sonrió complacido.

—Usted es relativamente nueva en el servicio. No ha tenido tiempo de hacer gran cosa. Pero lo poco que ha hecho lo ha hecho muy bien, querida. —Por el rabillo del ojo comprobó satisfecho la expresión de ira de la viuda y agregó: Le dejo diez mil dólares, con la condición de que usted también se quede en la casa.

—Muchas gracias, señor Stone.

Ahora la mirada de Samuel Stone abarcaba a todo el grupo.

—Al resto de mis herederos, les dejo cien dólares por semana.

Se produjo un breve silencio que les pareció interminable. La viuda de Stone habló hacia la pantalla del televisor. Sus ojos echaban fuego.

—¿Qué es esto de cien dólares por semana? No puedes hacerme algo así.

—Se preguntarán seguramente por los cien millones de dólares —continuó con calma Samuel Stone, haciendo caso omiso de las palabras de la viuda—. Me temo que tendrán que ser lo suficientemente inteligentes como para merecerlos. —Los herederos lo escuchaban sin comprender—. Durante toda mi vida mi única diversión fue hacer dinero, y resolver acertijos. Pues bien, cada semana les daré las claves para encontrar una fortuna. Por ejemplo, una semana será un tesoro enterrado; la siguiente, diez millones de dólares en lingotes de oro. El que lo encuentra, se lo queda.

La viuda estaba blanca de furia.

—No puedes hacerme algo así —repetía entre dientes.

—Por supuesto que puedo —contestó Samuel Stone, como si estuviera con ellos en el living y pudiera oírlos—. Sólo les pido una cosa: que durante un tiempo vivan todos en esta casa para vigilarse los unos a los otros. —Su sonrisa se transformó en una mueca siniestra—. Es todo por ahora. Los veré en una semana. Ah, me olvidaba, cuiden de Olivia.

La imagen en la pantalla desapareció y se armó un gran alboroto en la sala.

—Este hombre está loco.

—Esto no es legal.

El abogado alzó una mano y pidió la palabra.

—Escúchenme un momento. Todo es perfectamente legal y Samuel Stone se saldrá con la suya. O lo hacemos a su modo, o no hay dinero.

—Maldito viejo —dijo la viuda—. Ya me las pagará.

—¿Cómo? —bromeó el sobrino—. Si está muerto.

—También nosotros. Nunca encontraremos ese dinero —reflexionó el abogado.

—Un momento —interrumpió David—. ¿Quién es Olivia?

—El loro de Sam.

David permaneció un instante pensativo.

—Esa debe de ser la primera pista.

Apenas había terminado de pronunciar estas palabras que ya todos habían corrido hacia la jaula de Olivia.

—¡Hola, Olivia! —dijo el sobrino—, ¿te gustarían unas deliciosas semillas para pájaros?

—No soy un pájaro, soy un loro. ¡Fuera de aquí! No pienso hablar. No pienso hablar —fue la respuesta poco amistosa de Olivia.

—Si nos dices la clave te daremos todo lo que quieras —propuso la viuda con su voz más seductora.

El loro respondió con un graznido:

—¡Fuera de aquí, cuerpo de piedra!

—¿Por qué te ha llamado «cuerpo de piedra»? —preguntó el sobrino intrigado.

—Puede tratarse de una clave —pensó David en voz alta.

El loro dio un nuevo graznido:

—Clave, clave, Miguel Ángel.

—No tiene sentido —dijo el abogado.

—¡Sí! —exclamó de pronto David—. Cuerpo de piedra... un cuerpo de piedra puede ser una escultura. Escultura. Miguel Ángel. Eso es. Samuel posee una escultura de Miguel Ángel. ¡Debe de valer millones!

—¿Y dónde está? —preguntaron todos.

—En el museo de Los Ángeles.

Así comenzó la carrera para encontrar la primera parte de la fortuna de Samuel Stone. Los herederos se subieron a sus respectivos autos y se dirigieron a toda velocidad al

museo para ser los primeros en reclamar la estatua. Mientras conducían todos soñaban con lo que se comprarían con el dinero que sacarían por ella. Todos menos uno. David pensaba cambiar el nombre de su fundación, en adelante se llamaría Fundación Samuel Stone, y ayudaría a millones de necesitados.

El abogado fue el primero en entrar en el despacho del director del museo.

—¿En qué puedo ayudarlo?

—Si no me equivoco, el museo posee una estatua de Miguel Ángel que fue propiedad de Samuel Stone.

—Así es.

—En mi calidad de apoderado del señor Stone he venido a llevármela.

En ese preciso instante hizo su aparición la viuda.

—¡Un momento! Soy la viuda de Samuel Stone y la estatua me pertenece. No tiene más que hacerla embalar y...

Pero hubo una nueva interrupción. El sobrino abrió la puerta del despacho y se dirigió a su vez al director del museo:

—Samuel Stone quería que yo me quedara con la estatua. De modo que me la llevo conmigo.

—Lo siento —dijo finalmente el director—, pero ninguno de ustedes puede llevarse la estatua.

—¿Por qué no? —preguntaron los tres al unísono.

—Porque está en exhibición. Nadie puede sacarla hasta dentro de una semana.

La viuda de Stone lo miró consternada.

—¿Una semana? ¡No podemos esperar tanto tiempo!

—Lo siento mucho —respondió el director—, pero esas son las reglas del museo. Los objetos expuestos deben permanecer aquí hasta el fin de la exhibición.

Los miembros del grupo se miraron con evidente frustración.

Estimado lector, ¿piensa usted que se dieron por vencidos? De ningún modo, recuerde que se trata de gente muy, muy codiciosa.

Cada uno ideó minuciosamente un plan para robar la estatua. Como ninguno estaba dispuesto a compartir su fortuna con los demás, cada uno pensó un plan diferente.

Esa noche, el abogado irrumpió en el museo y atravesó las salas oscuras en puntas de pie hasta llegar a la estatua. La acarició amorosamente y le susurró: «Diez millones de dólares, y eres toda mía».

Cuando estaba a punto de cargarla sonó una alarma y la sala se iluminó. El director, seguido de dos guardias, fue a su encuentro.

—¿Qué está haciendo aquí?

—Sólo quería dar otra mirada a la estatua.

—¿A estas horas de la madrugada?

—Creo que será mejor que regrese cuando abra el museo —dijo el abogado, y salió precipitadamente.

—Vigilen la estatua —advirtió el director a los guardias, y se retiró sacudiendo la cabeza.

A la mañana siguiente la viuda de Samuel Stone se presentó en el museo empujando una silla de ruedas con una figura envuelta en una frazada. David estaba hablando con el director.

—Buenos días —dijo David al verla.

—Buenos días —respondió amablemente la viuda—. Llevo a un amigo a ver la estatua. Es un amante del arte.

La vieron desaparecer en dirección a la sala donde se encontraba el Miguel Ángel.

Cuando la viuda llegó hasta la estatua se aseguró de que nadie la observara, y rápidamente descubrió la silla de ruedas. No había nadie bajo la frazada, sólo se trataba de un sombrero, un par de zapatos y un traje de hombre vacíos, rellenos con papel. Guardó los bollos de papel en su

cartera, y comenzó a vestir a la estatua. Luego la sentó en la silla de ruedas, la cubrió con la frazada y le calzó el sombrero.

«Lo he logrado», se dijo mirando su obra con expresión triunfal. «Soy más lista que todos ellos; la estatua es mía.»

Empujó la silla de ruedas hacia la salida. Al pasar junto a David y el director del museo se despidió con una sonrisa:

—¡Que tengan un buen día!

—Igualmente —respondió David con cortesía. Y disimuladamente tiró de un extremo de la frazada hasta dejar la estatua al descubierto.

El director quedó boquiabierto.

—¿Qué cree usted que está haciendo?

—Seguramente intenta sacar la estatua a tomar un poco de aire fresco —bromeó David.

—Señora, le sugiero que salga a tomar un poco de aire fresco *usted sola*. La estatua se queda aquí —dijo el director tratando de no perder la compostura.

El codicioso sobrino, por su parte, había ideado su propio plan. Y casi le da resultado. Había contratado un helicóptero para que lo transportara hasta el techo del museo a la noche siguiente.

El helicóptero revoloteó un momento alrededor de una claraboya, hasta que el sobrino indicó:

—Muy bien. Ahora bájenme.

El piloto obedeció, y el sobrino descendió con una soga por la claraboya. Cuando tocó el piso miró alrededor cuidadosamente. No había nadie a la vista. Se abrazó a la estatua y tiró dos veces de la soga: era la señal acordada para que el piloto lo alzara.

Lentamente comenzó a elevarse en el aire junto con la estatua.

«¡Lo he logrado!», pensaba eufórico. «Es mía. Les he ganado a todos.»

Ya había salido del edificio. Y el camión que iba a trasladar la estatua estaba esperando.

—¡Al camión! —ordenó eufórico el sobrino—. ¡Vamos! ¡Lo he logrado!, ¡lo he logrado!

Desgraciadamente (para el sobrino), David y el director del museo habían presenciado toda la operación.

—¡Eso mismo, vamos! —gritó David, que había tomado el lugar del conductor, y condujo el camión hacia la entrada de servicio del museo.

Así fue como la estatua volvió a donde pertenecía.

Decidieron convocar a una asamblea familiar. Aunque se odiaran, todos los miembros de la familia tuvieron que admitir que debían trabajar juntos si querían conseguir la estatua.

—Les diré qué haremos —dijo la viuda—. Una vez que tengamos la estatua nos repartiremos el dinero equitativamente.

David, sin embargo, quedaba excluido del reparto. «Es demasiado honesto», opinaba la viuda, «gastaría toda su parte en caridad, lo que sería un terrible desperdicio.» Por supuesto, todos asintieron.

—No lo necesitamos —dijo el sobrino—. Repartiremos el dinero entre nosotros.

—¿Cómo conseguiremos la estatua? —preguntó entonces la viuda.

—Tengo un plan que no puede fallar —dijo el abogado. Lo escucharon ansiosamente sin interrumpirlo.

El sobrino sonrió satisfecho.

—Es una idea maravillosa —admitió—. Tienes razón, no puede fallar.

David estaba nuevamente reunido con el director del museo.

—Estoy muy preocupado —le confesó—. Estoy seguro de que no se han dado por vencidos. Todavía están tra-

mando robar la estatua.

—Eso es imposible —repuso el director—. Está bajo vigilancia y...

—No es suficiente —dijo David—. Tengo una idea.

—¿Está usted hablando en serio? —preguntó perplejo el director cuando David terminó de exponer su plan.

—Absolutamente en serio —dijo David.

El último día de la exhibición, la viuda, el sobrino, y el abogado entraron en el museo con varios bolsos y maletines y se dirigieron hacia la estatua de Miguel Ángel. Una vez que estuvieron solos abrieron sus bolsos, sacaron las diferentes partes de una estatua prefabricada y comenzaron a ensamblarlas: brazos, piernas, torso, cabeza.

Cuando terminaron observaron su obra satisfechos. La estatua era una réplica exacta de la obra de Miguel Ángel.

—Ahora —dijo el abogado—, viene la parte que requiere de nuestra inteligencia.

El grupo sacó de uno de los bolsos una mezcla de arcilla y comenzó a trabajar sobre la estatua auténtica añadiendo arrugas, alargando la nariz y ensanchando los labios hasta volverla irreconocible. Nadie que la observara tendría la menor duda de que se trataba de un fraude.

El director entró en la sala, miró la estatua y lanzó un grito:

—¿Qué están haciendo?

—Nada —respondió inocentemente la viuda—. Pensamos que el museo podría estar interesado en otra estatua, réplica de la original, de modo que queríamos donarla.

El director miró la estatua de labios anchos y nariz larga y exclamó:

—¡Saquen este mamotreto fuera de mi vista!

—¿Está seguro de que quiere que nos la llevemos? —preguntaron los herederos fingiéndose ofendidos.

—¡Absolutamente seguro!

El abogado guiñó un ojo al resto, se encogió de hombros y ordenó:

—Pues entonces saquémosla de aquí.

El sobrino lo ayudó a levantarla y el grupo salió del museo con el Miguel Ángel auténtico. Ni ellos mismos podían creer su hazaña.

—¡Lo logramos! —dijo la viuda por lo bajo—. ¡Diez millones de dólares sólo para nosotros! ¡Los engañamos!

Salieron del museo y esta vez no estaba David para detenerlos. Apoyaron la estatua al pie de las escalinatas de la entrada para descansar un momento.

—¡Diez millones de dólares! —repetía la viuda extasiada—. ¡Ya puedo comprar mi yate!

—Y yo mi departamento en París —dijo el sobrino.

—Trasladaré mi estudio a un nuevo edificio —decidió el abogado.

Mientras continuaban ocupados en tales proyectos se acercó un chico patinando. Ninguno le prestó demasiada atención, y el chico se sentó en uno de los escalones para sacarse los patines.

—Bueno —dijo la viuda—, saquemos esta estatua de aquí antes de que descubran lo que hemos hecho.

—Tiene razón —asintieron, el abogado y el sobrino. Cargaron la pesada estatua y comenzaron a bajar las escaleras cuidadosamente. Pero el sobrino se llevó por delante un patín, y cayó rodando hasta estrellarse en la acera. Y junto con él, la estatua. La viuda y el abogado quedaron boquiabiertos, contemplando el triste espectáculo de sus millones hechos añicos.

—¡Dios mío! —exclamó la viuda—. ¡Mira lo que has hecho! ¡Diez millones de dólares a la basura!

Por supuesto, ninguno parecía caer en la cuenta de que se había perdido para siempre una obra de arte.

En ese preciso momento llegó David. Pasó delante de ellos ignorándolos y avanzó hacia la oficina del director del

museo. Allí se encontraba la auténtica estatua de Miguel Ángel.

El director lo recibió con una sonrisa:

—Tenía usted razón. Si no hubiera tenido una copia de la estatua, como me sugirió, el verdadero Miguel Ángel estaría ahora hecho pedazos. —Hizo una pausa, lo miró de soslayo y agregó—: De acuerdo con las instrucciones que me dio el Señor Stone, debo entregar esta estatua al primer heredero que me la pida una vez finalizada la exhibición. —Echó un vistazo a su reloj—. La exhibición acaba de terminar.

—Entonces... —comenzó David.

—Es suya —asintió el director—. Ya he hablado con los administradores del museo. Están muy interesados en adquirirla y me han autorizado a pagar hasta diez millones de dólares por ella.

—Trato hecho —sonrió David.

—¿A nombre de quién hago el cheque?

—A nombre de la Fundación de Caridad Samuel Stone —susurró David.

—¿Por qué habla en voz baja?

David alzó los ojos al cielo y respondió sin levantar la voz:

—No quiero que me oiga.

No hace falta contarles la furia del grupo cuando se enteraron de lo sucedido. Les parecía un escándalo que David hubiera dado todo ese dinero a los pobres.

—No dejaremos que vuelva a suceder —se juraron—. La próxima vez no permitiremos que se queden con nuestro dinero.

A la semana siguiente estaban nuevamente reunidos en el living de Samuel Stone para descubrir el segundo tesoro. El mayordomo encendió el televisor y apareció la cara de Samuel Stone.

—Buenos días.

—Buenos días —respondieron todos automáticamente.

Los ojos de Samuel Stone recorrieron el salón de un extremo al otro.

—Bueno, estoy seguro de que a esta altura alguno de ustedes ya debe haber encontrado la estatua. Supongo que la codicia los unió, que todos pusieron lo mejor de sí para encontrarla. —Sus ojos buscaron a David—. Espero que no hayas sido tú, David, quien la encontró. Odiaría pensar que el dinero se malgastó en unos cuantos huerfanitos mugrientos.

David se encogió de hombros.

La mirada de Samuel Stone se paseó nuevamente por el grupo.

—Muy bien, ¿están listos para la próxima pista? Hay otros diez millones de dólares esperándolos.

Todos se reacomodaron en sus asientos y escucharon ansiosos.

—Aquí va la clave...